

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 53 - MARZO 1996

Director

Asdrúbal de la Torre

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Jorge Mantilla Jarrín

Edgar Jaramillo

Nelson Dávila

**Consejo de Administración de
CIESPAL**

Presidente, Tiberio Jurado, Rector de la
Universidad Central del Ecuador.

Roberto Passailague,

Ministro de Educación.

Byron Morejón,

Min. Relaciones Exteriores.

Héctor Espín, UNP.

Fausto Moscoso, UNESCO.

Louis Hanna Musse, AER.

León Roldós, Universidad Estatal de
Guayaquil.

Edgar Jaramillo S.,

FENAPE.

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Portada

Marcelo Aguirre

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL.

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Telf. 506 149 544-624. Telex: 22474

CIESPAL ED. Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec.

Registro M.I.T., S.P.I.027

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de la revista. Se permite su reproducción, siempre y cuando se cite la fuente y se envíen dos ejemplares a

Chasqui

Más de 450 **Radioapasionados y televisionarios** del mundo se reunieron en Quito, en noviembre pasado, para participar en el Festival homónimo e inédito que el Grupo de los Ocho, con el apoyo de 13 organismos internacionales, organizó con el propósito de abrir un espacio para la reflexión, el intercambio de experiencias y la formulación de estrategias que le permitan a la comunicación audiovisual democrática enfrentar de mejor manera la avasallante "aldea global" que vivimos. En el módulo respectivo, esta edición presenta algunos documentos que sirvieron de base teórica para este encuentro, artículos que algunos de los participantes quieren socializar y otros textos que alimentan el debate en torno al sugerente y atractivo espacio audiovisual latinoamericano.

"En las aguas del mercado -apunta Eduardo Galeano- la mayoría de los navegantes está condenada al naufragio; pero la deuda externa paga, por cuenta de todos, los pasajes de la minoría que viaja en primera clase". En un mundo cada vez más globalizado, donde 358 personas tienen un capital equivalente al que comparten 2.400 millones de pobres, no es sorprendente que la violencia atraviese las sociedades, y nos rompa el cuerpo y el alma, especialmente en Nuestra América llena de naufragos. En este contexto, los colaboradores de **Medios, sociedad y violencia** nos proponen textos heterogéneos. Para algunos de ellos, los medios -especialmente la TV- son los autores intelectuales de la violencia y constituyen una escuela del crimen (hecho no sorprendente si consideramos que E.U., país con una de las más altas tasas de criminalidad en el mundo, es uno de los mayores exportadores y expositores, gracias a la complicidad impune de sus aliados nacionales, de los contenidos violentos en los medios). Para otros, y complementario al enfoque anterior, los medios ejercen una violencia sutil, pero no menos deletérea, a través de la *Crónica Roja* donde la intimidad y la honorabilidad está reservada a los sectores con poder económico, en tanto que la de los sectores "peligrosos" se convierte en una "intimidación de masas". Pero, también hay aquellos que consideran un reduccionismo el relacionar la violencia real con la televisada y que, en buena medida, los medios lo que hacen es reflejar, no provocar, la agresividad humana generada por las condiciones de vida, materiales y espirituales, de la sociedad. El lector encontrará en estos textos elementos que, aunados a su experiencia cotidiana, le permitirán sacar conclusiones que le susciten y fortalezcan, eso esperamos, actitudes críticas para enfrentar los medios.

En la radio y televisión brasileñas, *BBC* de Londres, *Radio Nederland* de Holanda, CIESPAL y otras entidades de América y Europa; los casi 50 años de actividad profesional de Walter Ouro Alves dejaron una obra inolvidable. Por eso y por todo lo que significó su aporte honesto y enriquecedor para la comunicación democrática, quienes hacemos *Chasqui* queremos rendirle tributo al dedicar esta edición a su memoria viva.

RADIOAPASIONADOS Y TELEVISIONARIOS

La avasallante "aldea global", tecnologizada y concentradora que vivimos, plantea nuevos y complejos retos para los comunicadores democráticos del espacio audiovisual. El debate amplio sobre el problema es el primer paso para enfrentarlo.



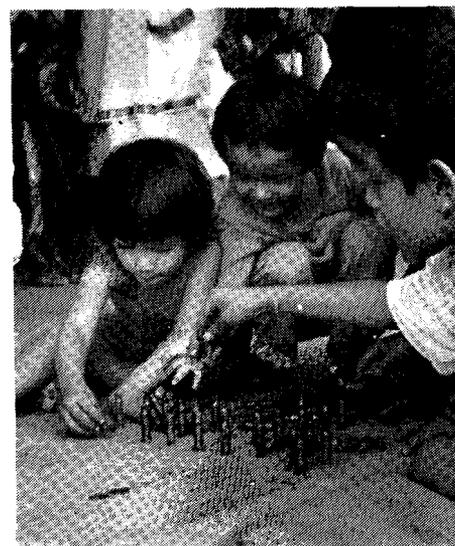
- 4 Festival de Radioapasionados y Televisiónarios
- 6 Declaración de los Radioapasionados y Televisiónarios
- 8 La radio popular y educativa en América Latina
Luis Ramiro Beltrán

- 12 Comunicación ¿para cuál desarrollo?
Antonio Pasquali
- 16 La imagen, nuevamente visitada
Carmen González Mont
- 20 Aportes a la radiopasión
Ernesto Lamas
- 23 Buenas ondas de la sociedad civil
José Ignacio López V.
- 27 FM a bajo costo
Ricardo Quiñones
- 31 La radio en el ciberespacio
Ricardo Horvath
- 35 Video, TV y democratización
Martha Rodríguez
- 38 De la oralidad a la telenovela
José Rojas Bez
- 42 Walter Ouro Alves

MEDIOS, SOCIEDAD Y VIOLENCIA

En el caldo de cultivo de sociedades cada vez más injustas, la violencia nos atraviesa literal y metafóricamente. En este contexto, los medios, especialmente la TV, tienen una relación directa y una responsabilidad inexcusable. Veamos algunos enfoques que, esperamos, contribuyan a una percepción crítica.

- 43 Violencia urbana, nuevos escenarios
Fernando Carrión
- 47 La TV acusada de asesinato
Jorge Enrique Adoum
- 51 Violencia y TV infantil
Valerio Fuenzalida
- 55 La escuela del crimen
Eduardo Galeano



- 57 ¿Los medios provocan o reflejan la violencia?
Cecilia Peñaherrera
- 60 Las trampas de la desgracia
Alexander Jiménez
- 64 Los juegos de la crónica roja
Kintto Lucas

ENSAYOS

Ensayos, intentos, aproximaciones a diferentes temas ofrecemos en esta sección para suscitar la reflexión y el debate.



- 65 Michael Jackson, antes del caos
Juan Luciano Nieves
- 68 Comunicación y subjetividad
Enrique Guinsberg

- 71 Crisis global, valores y fin de siglo
Javier Esteinou Madrid
- 75 La vigencia de José Martí
Alejandro Querejeta

NUEVAS TECNOLOGIAS



- 79 ¿Superautopista informativa?
Carlos Eduardo Colina
- 82 La elaboración de las inforrutas nacionales
Pierre C. Bélanger, Réjean Lafrance

- 87 Cuba y la era de la informática (Entrevista)
Julio García Luis
- 90 En el Internet
- 91 **IDIOMA Y ESTILO**
El Diccionario entre el fetichismo y el prejuicio
Hernán Rodríguez Castelo
- 95 **ACTIVIDADES DE CIESPAL**
- 98 **RESEÑAS**



NUESTRA PORTADA

El transeúnte. Acrílico sobre lona, 2.80 x 3.00, de MARCELO AGUIRRE. Premio Marco, Museo de Arte de Monterrey, México

El autor es ecuatoriano y su obra ha sido expuesta a nivel nacional e internacional.

DISEÑO PORTADA Y
CONTRAPORTADA

ARTURO CASTAÑEDA V.

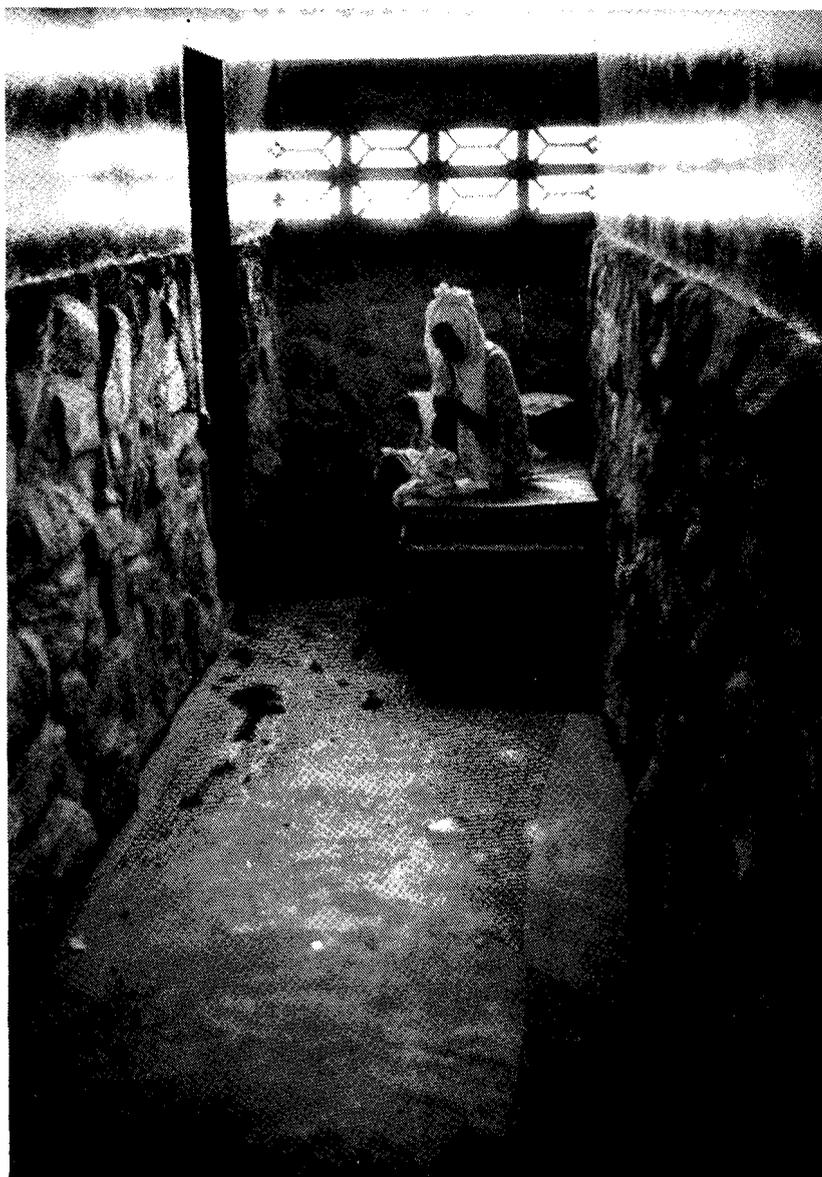


NUESTRO NUEVO E-MAIL

CIESPAL:
ciespal@ciespal.org.ec

CHASQUI:
chasqui@ciespal.org.ec

LAS TRAMPAS DE LA DESGRACIA



Alejós Pérez Luna

¿Por qué los sectores “peligrosos” de nuestra sociedad son los únicos que no tienen derecho a la vida privada en los medios de información?, es una de las interrogantes que despeja el autor y que confirma lo que alguien ya definió a la Crónica Roja como “la Página Social de los sectores populares”. Esta forma de hacer periodismo, muy rentable, es una manifestación de la violencia que ciertos medios ejercen sobre algunos sectores de la sociedad.

Europa inventó las sociedades disciplinarias. De hecho, la modernidad, en uno de sus múltiples sentidos, no es sino la diseminación mundial de los mecanismos que hacen posible, desde el siglo XVIII, la existencia de un tipo de imaginario y organización social cuyo eje constitutivo es la disciplina.

Informar también es disciplinar

En estas sociedades, la información constituye un modo de sujeción que hoy día conoce sutilezas inesperadas. Es tiempo de ocuparse de dichas sutilezas, del espacio que ocupan en los medios de comunicación, de sus artificios estéticos y retóricos, y de sus consecuencias en los imaginarios sociales.

Somos el producto de regímenes constituidos mediante artificios de poder y saber, ligados al manejo de la información sobre los cuerpos y las virtualidades del alma. En efecto, buena parte de los aparatos disciplinarios operan mediante miradas omnicomprendivas. Verlo todo, saberlo todo, decirlo todo. Lo propio de las sociedades disciplinarias es su capacidad de vigilancia. Además de controlar aquello que se define como “sectores peligrosos”, la vigilancia ofrece una rentabilidad social muy especial: por ella se configuran y se distribuyen especialmente los sujetos que los aparatos de producción requieren.

Los rituales de las sociedades tradicionales hacían exclusivo de unos cuantos la posibilidad de transformar sus actos en sucesos dignos de ser contados. Ser mirado y referido, seguido a diario por la escritura, fue un privilegio que escribas, amanuenses y cronistas reales, ofrecían al poderío. Los poderes disciplinarios modernos, en cambio, aplican so-

ALEXANDER JIMENEZ, costarricense. Filósofo, investigador y docente, vicedecano de la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica. Este artículo es un resumen del ensayo que obtuvo el Primer Lugar en el certamen “Manuel Formoso Herrera”, convocado por el Semanario Universidad de San José, en 1995.

bre los cuerpos, gestos y comportamientos de los sectores populares, un seguimiento cotidiano mediante el cual sus movimientos son controlados.

La sociedad disciplinaria, que paradójicamente coincide en varios puntos con la sociedad de masas, individualiza para someter. La prisión, en este sentido, es un espacio de rectificación. Allí las sociedades pretenden recuperar a quienes habían perdido. Aparato de formación e información, la prisión construye sujetos y sectores sociales y da, al mismo tiempo, información, noticias, datos, sobre sus peligros virtuales.

Esos artificios no operan, necesariamente, en lugares cerrados. La cárcel ya no está en la cárcel. La cárcel cruza sutilmente los umbrales de las prisiones y marca las relaciones de los ciudadanos "libres". Sin proceso y, por lo tanto, sin defensa posible, habitamos calabozos virtuales, nosotros que creíamos estar de este lado de las prisiones y castigos. El sistema carcelario no tiene exterior. Su poder de castigar es reasumido, con éxito creciente, en lugares y discursos que lo diseminan y le agregan ese tono tan natural y tan legítimo. Michel Foucault, cuyos estudios pretendieron ilustrar los mecanismos de construcción y destrucción de la subjetividad en el mundo moderno, decía que la prisión continúa, sobre aquellos que se le confían, un trabajo comenzado en otra parte.

Enseñar, curar, informar, a menudo no son sino otro modo de disciplinar, vigilar y castigar. La sociedad toda se configura a partir de un tejido carcelario que permite tener a disposición, perpetuamente, los cuerpos y los rostros. Ejercer el poder también consiste en dominar el artificio de "enseñar escondiéndose". Observando se domina, y se domina mejor si no se es observado.

En el nacimiento de las prisiones modernas es posible rastrear una economía de la vigilancia que, en adelante, se distribuirá por todo el tejido social. Vigilar es imponer, desde el lugar invisible, un principio de visibilidad obligatoria a los sometidos. La mirada jamás advertida, la que tiene el poder de invisibilizarse, construye, controla y rentabiliza, ciertos espacios de dominación. Los barrios siniestros, los rostros monstruosos, son observados en pantallas y en periódicos. Se los obliga a ser vistos y se obliga a otros a mirarlos para denunciarlos.

Los medios de comunicación son un poderoso tejido a cuya sombra se opera cierto tipo de vigilancia y castigo. Ligados a la administración del poder y el saber sobre cuerpos, gestos y conductas virtuales; los medios cooperan con una organización tal del espacio y el tiempo que la presencia queda conectada con la ausencia. Los que no enseñan nunca su rostro tienen así la capacidad de percibir el rostro de los otros.

Las pantallas y las planas de los diarios transforman las capacidades perceptivas de los sujetos. Actúan como factores de irrealidad o hiperrealidad según haya que enseñar o mostrar. Es decir, hay una elección de lo que debe ser visible a la "opinión pública", y esta elección depende de los límites morales que los periodistas, los editores y los medios quieren respetar. Nuestra mirada está construida por textos e imágenes elegidos de antemano para decidir sobre los valores y el estado de la cultura.

¿Crónicas de la verdad?

El 21 de marzo de 1995, el diario *La Nación*, de Costa Rica, dedicó su editorial a legitimar las páginas de *Sucesos*. La tesis era que allí se documenta el irrespeto a la vida y a la propiedad, y además se suministra "una información objetiva y periódica sobre el desenvolvimiento del sistema de valores fundamentales de una sociedad". El editorialista continuaba con un cierto descargo: "A veces se critica a la prensa por poner al alcance de los ciudadanos estos hechos. Quisieran algunos que se mantuvieran secretos. El ocultamiento constituiría, sin embargo, una salida fácil y engañosa. La sociedad debe hacerle frente a este fenómeno, a estas muestras de descomposición, con apego a la verdad".

Dos meses después, en mayo de 1995, Irene Vizcaíno, una redactora de *Sucesos* de *La Nación*, nos hacía un recordatorio: "Con la conciencia tranquila y sobre todo, con la absoluta seguridad del respeto que tengo por la tragedia humana, solo les recuerdo que la tarea es traducir, lo más fielmente posible, la realidad al lenguaje escrito, con el fin no solo de informar, sino en muchos casos de prevenir. Escribimos de los hechos después que ocurren, no planeamos con mentes macabras, que ese preciso día, el sufrimiento tocaría sus puertas y se

asomaría en las páginas". Solo para ayudarle a recordar, la periodista había escrito dos días antes la nota *Hirió a su novia y se ahorcó* (15 de mayo, p. 10A). Allí se describe un triángulo amoroso: el ahorcado, la joven herida y la madre de esta. La "noticia" termina con una descripción apegada a la verdad que aquel editorial exigía: "Mi padrastro se ahorcó, eran los gritos del niño de cinco años de edad que salió asustado de la vivienda, mientras su hermana sangraba".

Un padrastro ahorcado por amor, una hermana que sangra y un niño que grita su horror. Estas "crónicas de la verdad", que *La Nación* exige de sí misma, ciertamente documentan la descomposi-

Vigilar es imponer, desde el lugar invisible, un principio de visibilidad obligatoria a los sometidos. La mirada jamás advertida, la que tiene el poder de invisibilizarse, construye, controla y rentabiliza, ciertos espacios de dominación. Los barrios siniestros, los rostros monstruosos, son observados en pantallas y en periódicos. Se los obliga a ser vistos y se obliga a otros a mirarlos para denunciarlos.

La intimidad parece estar reservada a los hombres públicos y a las familias "honorables", y la honorabilidad es una virtud reservada, desde finales del medioevo, a los sectores con poder económico.

ción de nuestra vida social; pero también documentan otras cosas: la condición de nuestro periodismo, la de nuestros periodistas y la de nuestra sensibilidad. Sin duda, algo se descompone allí donde la desgracia íntima asume la realidad de un espectáculo.

Alguien tendría que escribir la historia de los cuerpos expuestos. En este relato interminable, los medios podrían aparecer tomando el relevo de los suplicios públicos. Los cuerpos torturados, los que han pasado por el suplicio, pasarían así de la plaza pública a la pantalla y al papel, a esos lugares de reunión social, donde se celebran las ceremonias del castigo y la enseñanza. Congregado alrededor de la liturgia cotidiana del periódico y el noticiario, el pueblo aprende los mandamientos de la normalidad.

Aquel editorial de *La Nación* insistía en que "las páginas de *Sucesos* documentan el estado de una sociedad en relación con el respeto al ordenamiento jurídico y en particular a la vida y la integridad física de las personas". La misma institución penal se ve, pues, rebasada y desplazada. Antes del juicio y la sentencia, los "suceseros" han dado ya su veredicto imaginario, que es finalmente el real, el que funciona socialmente. Los medios juegan con el dolor y sacan de él provechos inimaginables.

Los mercados de la intimidad

De los años 60 para acá, el saber que los comunicadores construyen y difunden ha trastocado la manera cómo la vida cotidiana se sufre y reconstruye. Los medios son, sin duda, uno de los centros de construcción del imaginario urbano. Sus mediaciones simbólicas cooperan en la construcción de un tipo de tejido social, al mismo tiempo que lo hacen soportable y deseable. El modo de elaborar el discurso de la delincuencia común puede ilustrar tales mediaciones y su carácter de estabilizadores sociales. Los sectores populares aprenden a denunciar a quienes les son cercanos. La peligrosidad social queda así reducida a un segmento que tiene mala conciencia sobre sí mismo, a partir del manejo de un discurso administrado por las secciones de sucesos.

De manera especial, los procesos de comunicación social han variado los criterios éticos y estéticos desde los que las ciudades construyen y perciben la in-

timidad de los seres humanos que las pueblan. Esto se nota, con mayor fuerza, en la reconstrucción escénica operada por los medios de comunicación sobre el dolor, la desgracia y la elaboración del duelo.

Curiosamente, ciertos sectores solo acceden a los espacios públicos a modo de material informativo en las secciones de *Sucesos*. Es paradójico. Quienes nunca habían aparecido en la pantalla o el papel aparecen cuando ya no están, cuando han dejado de habitar sus cuerpos. Quienes estaban al margen ocupan el centro de estas noticias. La intimidad parece estar reservada a los hombres públicos y a las familias "honorables", y la honorabilidad es una virtud reservada, desde finales del medioevo, a los sectores con poder económico.

En situaciones de desgracia, la elaboración del duelo ha dejado de ser una práctica interior, íntima. Las familias y amigos de ciertos muertos agregan a su dolor el plus-dolor que la prensa se encarga de diseminar a partir de fotografías, entrevistas, acercamientos audiovisuales. A estos estamentos, la intimidad se les disuelve en las pantallas, a través de un atropello innoble. Hay un usufructo con las imágenes de la muerte: cuerpos despedazados o velados por materias blancas, rostros ensangrentados y convulsos, ojos desesperados.

Informar sobre sucesos es otro modo de administrar y vigilar los cuerpos. Allí rígidos, inmóviles, los cuerpos no asustan ni hablan su historia de dolor. El dolor es para los que quedan. Es a ellos a quienes se advierte.

Es curioso. Los procesos comunicativos cuentan con las condiciones para reunir a quienes habitan la ciudad. Habitamos nuestras ciudades solo de manera virtual, pues nadie podría reconstruir el espacio urbano sin la mediación de los medios. Sin ellos difícilmente experimentaríamos nuestro presente; sin embargo, las mediaciones comunicativas cumplen a medias ese trabajo. En el plano político, aunque solo fuese de manera virtual, podrían ayudar a configurar espacios para la crítica, el consenso y el disenso. En cambio, terminan siendo chatos, aunque pulidos, instrumentos electoreros y publicitarios.

Los medios, en cuanto elementos del mercado, han sustituido torpemente a



los elementos que tradicionalmente constituían el centro de configuración de la identidad ciudadana. Es cierto que desde el siglo XIII la vida de la ciudad es de una "densa sociabilidad" y que en las culturas urbanas del medioevo es necesario aprender a sobrevivir en medio de la promiscuidad. Sin embargo, no es sino hasta ahora cuando ciertos espacios de la intimidad comienzan a perderse a causa del manejo que de ellos hacen los medios de comunicación.

Hasta hace pocos años, los sujetos creían tener derechos a sobrellevar el dolor y la desgracia con un cierto grado de intimidad, dignidad y discreción. Como parte del proceso de frivolidad colectiva que padecemos, también los sufrimientos más profundos son divulgados como información negociable. Sin que nadie lo advirtiera, nos ha nacido una "intimidad de masas" cuyo rostro más visible son los espacios televisivos en donde sujetos se confiesan, los unos a lo otros, detalles afectivos, amorosos, familiares, que tradicionalmente se resolvían en ausencia de las cámaras. Sin embargo, la apertura del mercado de la desgracia no toca a todos los segmentos por igual.

Algunos se las agencian para disfrutar del derecho a la intimidad del dolor que les producen las desgracias. Otros, no tienen más destino que mirar los noticiarios a fin de reencontrar las historias personales de sus amigos o hermanos convertidas en sucesos públicos. Parece existir, en los mercados del honor, una mano invisible que regula el buen nombre. Esta mano obliga a los comunicadores a tejer informaciones espectaculares, que incluyen las historias delictivas de toda la familia, solo en los sectores populares.

Estetizar el dolor

El asunto no es solo el manejo indigno y frívolo que se hace de la desdicha. A la par de ello, es posible observar una realidad de doble rostro en el modo de dar la información: los artificios estético-comunicativos ocultan las raíces sociales del dolor humano y, en su lugar, construyen y presentan historias y escenas morbosas de un innegable atractivo para prácticas autoengañosas. Cuando aparece en la pantalla el rostro de un criminal, al horror le sigue la purificación: algo se nos cura dentro sabiendo que



Karl - Heinz Rosh, Humboldt 115

Informar es, a menudo, otro modo de disciplinar

ese no somos nosotros, que a nosotros nunca nos pasará, que los monstruos están siempre del otro lado de la historia. Este elemento de autoengaño es un equilibrador social: estamos salvados puesto que siempre es posible reconocer a los culpables. Los televisores y los periódicos son un lugar en donde el juicio final sucede cada día.

Obviamente, no toda la información social puede reducirse sin más a estos mecanismos de velación y develación. Incluso, no puede dejar de reconocerse que algunas veces, aunque solo sea de modo virtual, los medios de comunicación prestan el oído, la vista y la voz a quienes de otro modo estarían condenados al desencuentro. Pero estas posibilidades de articular espacios y tiempos son medianamente utilizadas frente al creciente uso de prácticas disimulantes.

Los medios de comunicación aceptan y engullen el dolor producido, lo es-

tetizan, lo despojan de su contenido crítico y de su origen social, y luego lo venden. La mayoría de los dolores humanos son construidos socialmente. Es decir, son signos de la manera de estar organizada una formación social. Cuando uno se duele de los efectos sin atender a las causas, hay algo sospechoso.

En definitiva, el saber sobre los cuerpos, sus desgracias y sus virtualidades se traduce en cantidades de información susceptibles de ser vendida. Pero hay un tipo de "pudor periodístico" que no ingresa nunca en ciertos peligros, en ciertos cuerpos, en ciertas cámaras. La lección la tienen bien aprendida. Ellos pueden secuestrar los dolores de los sectores populares y, por tanto, "peligrosos". Del otro lado están lo que sostienen el mundo. Y estos solo aparecen en la sección de *Nacionales* o *Económicos*. Tales son las distribuciones del espacio de la inocencia. ❁